



José Luis Lanuza



La profecía de Séneca

La historia de América empieza con unos versos de Séneca. Digamos, por lo menos, que es raro el texto de historia americana que se libra de estampar los consabidos versos en sus primeras páginas. Pertenecen al coro de la tragedia *Medea*, y traducidos dicen, más o menos: «Años vendrán en el transcurso de los tiempos, en los cuales el océano aflojará los lazos de las cosas y aparecerá el mundo en toda su grandeza. Tetis descubrirá nuevos orbes y ya no será Tule la última tierra».

A Cristóbal Colón le gustaron esos versos. Una vez los copió y los tradujo a su manera. Pensaba que Séneca se refería (con quince siglos de anticipación) a su aventura oceánica.

El tema del coro de la tragedia *Medea* es la audacia del hombre. Ya nada se queda en su lugar, dice el coro. «Los indios beben en el helado Araxis y los persas en el Albis y el Rin». Y, a continuación, como presagiando que esa audacia ha de ir en aumento, -164- agrega: «Años vendrán, en el transcurso de los siglos»...

La verdad es que Séneca cuando habla de esas migraciones de pueblos no cree en ellas al pie de la letra. Ni los indios del trópico tienen por qué trasladarse al país de los escitas, ni los persas tienen por qué beber en los ríos de Germania. Eso no es más que una figura retórica. El pensamiento de los poetas latinos queda con frecuencia aplastado por una tremenda cargazón retórica. Antes de Séneca, Virgilio había desplegado una imagen semejante en su primera égloga. La presenta bajo la forma de un imposible. El

pastor Títiro ha visto en Roma a Octavio, el emperador casi divino; y en un arranque de adulación asegura: «Antes que se borre de mi pecho la imagen de aquel dios, el parto beberá las aguas del Araris o el germano las del Tigris»... O, lo que es lo mismo: «... antes pastarán en el aire los ligeros ciervos, y los mares dejarán a los peces en seco»...

Evidentemente, Séneca no ha necesitado hacer un gran esfuerzo para crear su imagen. Más aún: en el libro primero de las *Geórgicas*, Virgilio, siempre dirigiéndose al endiosado emperador, continúa su elogio: «te reverencie la remota Tule, y Tetis -165- te pague con todas sus ondas la gloria de tenerte por yerno»... El poeta quiere convertir a Octavio en un dios marino, y junta el nombre de Tule, una región imprecisa en el límite septentrional del mundo, al de Tetis, la nereida que casi comparte con Neptuno la soberanía del mar.

Es interesante advertir cómo los poetas se apoyan unos en otros para cantar. Eso de que Tetis aflojara sus lazos y se manifestarán nuevas tierras paradisíacas ocultas en el océano, ya lo había cantado Horacio. Nada menos que el tranquilo y aburguesado Horacio, el predicador de la medianía dorada, el del horror a la aventura marítima.

Horacio abomina del que inventó el arte de navegar, del primero que, movido por la ambición, se lanzó audazmente al mar en un «frágil leño», en «impías naves». Durante siglos los poetas repetidores imitaron esa maldición de Horacio.

De bronce debió de ser
quien osó en el mar poner
primero un frágil navío
sin temer del norte frío
la rabia, enojo y poder...

dice un personaje del *Isidro*, de Lope de Vega. Y el gracioso de *El burlador de Sevilla*, de Tirso, insiste:

-166-

¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!...

Se podría compaginar un extenso catálogo de los ecos horacianos que resuenan, ya en tono serio, ya en tono irónico, en las mejores voces de la literatura española. En plena época de los descubrimientos marítimos, mientras unos aventureros se lanzaban al océano en frágiles leños, los poetas seguían maldiciendo al primero que se atrevió a las olas en «impías naves», «en quebradizo madero».

Hay en la naturaleza de Horacio un persistente miedo a las tormentas. A las tormentas del mar, a las del amor, o las de la política. Que no lo saquen de su comodidad, de su medianía dorada, de su mesa modesta, pero bien abastecida. Ese es su tema más común. De pronto, sin embargo, parece asumir otros aires. Se siente sacerdote de las musas y engola la voz, entre magistral y profético. Cansado de las luchas fratricidas de Roma, incita al pueblo romano a embarcarse (siguiendo el antiguo ejemplo de los fócios que dejaron su patria) y a buscar nuevas tierras más allá del océano: «Nos llama -167- el Océano, circundador del mundo. Busquemos esos campos, campos dichosos, esas islas fecundas, donde la tierra sin arar rinde trigo cada año, donde sin podar da racimos la viña, donde los olivos dan fácilmente su fruto, donde los higos negrean, donde mana la miel de las huecas encinas»...

Así, en el épodo 16, Horacio promete una nueva edad de oro a los audaces navegantes. Una creencia latente hacía soñar a los antiguos con islas paradisíacas ocultas más allá del límite del mundo conocido. Además, en tiempos del César Augusto (en tiempos de Horacio y Virgilio) se acentuó cierta afición a imaginar una vuelta a la edad de oro. Ese es también el tema de la égloga IV de Virgilio, a la que se quiso interpretar en la Edad Media como una profecía del nacimiento de Cristo. Pero esa edad de oro, advertía la égloga virgiliana, no llegará sino después de otra aventura marítima: «otro Tifis habrá, y otra Argos que llevará escogidos héroes»...

Argos, ya se sabe, era la nave que condujo a Jasón y a sus audaces compañeros. Tifis, el piloto de los argonautas. Tifis, lo mismo que Jasón, se convirtió en un símbolo de la audacia del hombre. Hasta tal punto, que en algunas copias de la *Medea* de Séneca, donde decía: «Tetis descubrirá nuevos orbes»... -168- el calígrafo prefirió escribir: «Tifis descubrirá nuevos orbes»...

Ya no sería la nereida Tetis la que dejara en evidencia parte de sus dominios. Sería Tifis, el audaz navegante, quien habría de arrebatarse sus secretos. Esa versión fue la que Colón leyó. Y entendió que Tifis, el audaz navegante, era él mismo. Por eso tradujo a su modo los versos de Séneca: «Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar oceano afloxará los atamientos de las cosas y se abrirá una grand tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guya de Jazón, que ovo nombre tiphi descubrirá nuevo mundo, y entonces no será la Ysla tylle la postrera de las tierras».

Los versos de Séneca se iban acomodando a las circunstancias del descubrimiento. Un siglo después del viaje de Colón, fray José de Acosta al poner el fragmento de la *Medea* en verso castellano (en su *Historia natural y moral de las Indias*, 1590) escribió:

Tras largos años vendrá un siglo nuevo y dichoso, que al Océano anchuroso sus límites pasará.

Descubrirá grande tierra,
verán otro nuevo Mundo,
navegando el gran profundo

que ahora el paso nos cierra.

-169-

La Thule tan afamada
como del mundo postrera,
quedará en esta carrera
por muy cercana contada...

Los versos de Séneca (bien o mal traducidos) se llenaban de sentido después del descubrimiento. Si antes habían podido parecer retóricos y confusos, ahora tenían una nueva explicación. América los justificaba.

1952

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo